

La Escuela del Pasaje

Satisfacción y grande lo es para mí dar noticia de esta extraña escuela, original y eficiente, a la que debo que mis hijos pudieran hacer los primeros cursos del grado de bachiller sin salir del pueblo cuando no podía mandarlos a ninguna parte.

El creador de dicha escuela lo fue Pepe López, el de la Covadonga, al que vemos en la fotografía rodeado de sus alumnos, maestro de condiciones nativas y de formación sólida pero sin ninguna titulación, al que recuerdo siempre con especial simpatía.

Tenía una cultura fundamental y clásica aprendida de los alemanes, a marcha martillo, durante todo el bachiller alemán, que le permitía discurrir con firmeza en todos los aspectos del saber. Lo demás era fantasía deslumbrante y lógica pero que se dispersaba como el humo sin dejar ni rastro ni determinar consecuencias, lo contrario de lo que aprendió en el colegio alemán que todo era firme, duradero y utilizable. Por eso pudo él pasarse la vida abriendo caminos bellísimos que no iban a ninguna parte y se perdía el rastro a los pocos pasos de iniciados. ¡Que lástima!, pues su verdadera misión era la de maestro y siempre hablaba pedagógicamente, enseñando, hasta con sus actitudes, correctas, finas, distinguidas. Su misma indumentaria vulgar poco cuidada, tomaba en él rasgos de originalidad y causaba admiración impregnada por su espíritu caballero y ancestral.

De continuar en la escuela que le formó hubiera sido un gran maestro, profesor de la disciplina que hubiera elegido, porque la cátedra era su inclinación natural y su desorientada vida la pasó predicando, pastor sin ganado que no acertó a formar, pero no arrió la bandera de la predicación, presbítero no ordenado pero actuante por sentimiento, seguro de que para enseñar solo hace falta saber, sentir y entregarse con voluntad. Su silueta solitaria se recortaba en el horizonte con perfiles inconfundibles con cualquier hábito que se cubriera.

En la escuela era un chico más y planeaba las enseñanzas prácticas en excursiones o actos escolares con la misma alegría que los chicos, haciéndoles patente la utilidad sin esfuerzo, como juego mas que como trabajo, aunque a veces se mataban a trabajar, pero divirtiéndose e ilusionados con los conocimientos que adquirían o los efectos que contemplaban. Era incansable entonces, aunque en ninguna circunstancia denotaba alteración por principio educativo, siempre dominado, comedido, honesto en la expresión y en el ademán, que no humillaba aunque inesperadamente soltara un caudal de conocimientos en apoyo de cualquier motivo de conversación.

Vivía en el mejor de los mundos que era el de su propio pensamiento, sin quejas ni duelos que cubría como el ermitaño con el manto de la mas serena conformidad.